

Si hasta aquí no nos hubiéramos convencido de la afinidad del pensamiento social de Reyes con la Ilustración y el Enciclopedismo, esta tarea de "psicagogía" debería convencernos por su estricta semejanza con el "periodismo científico" de los "filósofos" dieciochistas —primer intento en gran escala para combatir los prejuicios y abusos sociales mediante la divulgación de la ciencia y la filosofía.

La semejanza va hasta el detalle. La preparación que Reyes exige del intelectual moderno para cumplir su misión social es lo que constituyó el sueño dorado de los enciclopedistas: una amplia cultura sin las limitaciones de la especialización excesiva; ver la especialidad a través de la universalidad; cultivar otras disciplinas para conocer mejor la propia; mantenerse al cabo de los adelantos científicos de la época para usarlos en la lucha contra los abusos y prejuicios sociales.

La oposición de Reyes contra la excesiva especialización data de muchos años. Ya en 1917 decía, a propósito de la prodigiosa variedad de intereses de Quevedo: "... uno de los rasgos distintivos de nuestra civilización es la fuerza de la especialidad: mal hemos abierto los ojos cuando ya estamos condenados a pulir determinada cabeza de alfiler; y siempre está la pedantería moderna tachando a los escritores de usurpación, por poco que se desviaran de su oficio reconocido. Así se ha venido desestimando un poco la profesión general de hombre, y el sueño del enciclopedista nos parece sólo un sueño dorado" (Don Francisco de Quevedo y Villegas, *Páginas Escogidas*, Madrid, 1917, pp. 12-13).

De más está recordar que el mismo Reyes ha practicado fielmente su punto de vista sobre la excesiva especialización. De ahí la inmensa variedad temática de su obra ensayística, en la cual, sin embargo, se pudiera ver una profunda unidad de sentido o propósito —precisamente la "psicagogía" que él predica: promover el mutuo conocimiento, la paz y la buena voluntad entre los pueblos mediante el estudio y divulgación de los valores literarios o científicos de cada uno.

¿Cómo justifica filosóficamente nuestro ensayista el deber que, en su opinión, tiene el intelectual moderno de luchar por el cosmopolitismo? Se trata, dice en *Un mundo organizado*, de una obligación debida a su propia vocación de servidor de la inteligencia, es decir, de la más humana de las facultades en su función más característica: unificar al hombre, crear la cultura. Además existe la obligación impuesta por la necesidad de sobrevivir: o el mundo se une espiritualmente o habrá llegado la hora de confiar su dirección a un animal mejor dotado. "No permitamos que el porvenir quede entregado a la desesperación y la violencia, fuerzas negativas que acabarían con los hombres —concluye el ensayista. Hay que predicar —por encima de todas las desidencias teológicas en cuanto a la proyección sobrenatural de la vida humana— algo como una religión terrestre, que nos despierte al sentido ético de nuestra misión natural" (T.O. p. 221).

¿Cómo justifica Reyes, por último, su confianza en el poder del intelectual para reformar el mundo? Todos los intentos del cosmopolitismo que registra la historia desde la Edad Media a nuestros días, dice en *Atenea política*, —el religioso y caballeresco de la Edad Media; el humanista del Renacimiento; el racionalista del siglo XVIII; el romántico del siglo XIX; y el político, que en nuestra época ha llevado a la creación de instituciones como la Sociedad de las Naciones— todos estos intentos han tenido a intelectuales por heraldos. Puede así decirse que toda reforma social comienza con teorías, es decir, con literatura, y es seguida —a veces con gran retraso— por los hechos, es decir, por la política. Y se comprende: el político tiene que habérselas con la más compleja de las realidades —la realidad social; el escritor, en cambio, opera en el mundo libérrimo de su propio pensamiento. Puede así arreglar alegremente el mundo a su antojo, y su acto llega hasta donde alcanza su talento. Esto no quiere decir que se trata de un mero juego, pues los que escriben utopías políticas suelen pagar lo con la vida; y además todas las grandes reformas comenzaron por ser utópicas. Esto, a su vez, tampoco quiere decir que toda

utopía está destinada a materializarse. Sin embargo, si el ideal expresado por el escritor es genuino, como es el cosmopolitismo, lo importante es la persistencia; las manifestaciones de la idea cosmopolita, aunque fracasen o se deshagan en el aire, van siendo parcialmente absorbidas por el ambiente. "No creo —concluye Reyes— en el progreso necesario: puede ser que el riego en tierra seca resulte escaso y se pierda íntegramente. No importa: lo que importa es la persistencia del impulso unificador, el cual otra vez florece, como la ruda de mi tierra, aunque le pasen las caballerías encima" (*T.O.* p. 44).

Posición de América en la cultura.—Casi todo lo que hasta aquí hemos visto sobre la filosofía social de Reyes podría tomarse como una preparación para el problema central de esa filosofía —y, sin duda, también de todo el pensamiento social hispanoamericano—: el problema de encontrar la fórmula capaz de elevar nuestro Continente al plano de la cultura universal mediante el máximo desarrollo de sus posibilidades. La importancia central de este problema en la filosofía social de Reyes es lo que nos ha hecho definirla, al comienzo de este trabajo, como una filosofía de la cultura orientada hacia Hispanoamérica.

Lo que más resalta en las reflexiones de Reyes sobre este problema es su gran optimismo respecto a las posibilidades científicas, filosóficas y sociales de nuestro Continente, sea en el nivel de las especialidades, de las alternativas o de las peculiaridades. En el nivel de las especialidades y alternativas, dice Reyes en *Posición de América*, contamos ya con escuelas, bibliotecas, laboratorios, observatorios, que ahora se trata de aumentar; con minorías consagradas a la filosofía, que cada vez se relacionan más intensamente unas con otras; y con medios adecuados para la comunicación entre coetáneos y entre las generaciones. Y en cuanto a las peculiaridades, o sea, la contribución individual del genio, nadie puede negar las posibilidades del Continente de Darío, el mayor reformador de la lengua poética española desde Garcilaso o Góngora.

Estas posibilidades, continúa el mismo ensayo, serán realidad mañana si Hispanoamérica cumple con dos condiciones: si se democratiza y se une. Lo primero, porque sólo la democracia permite la cabal circulación de las conquistas culturales por todo el organismo social; lo segundo, porque sólo la unión continental es capaz de asegurar la orientación de la inteligencia social en un sentido favorable a la cultura. ¿Qué esperanzas tiene nuestro ensayista de que estas condiciones se cumplan? Las mejores.

Todo el pasado de Hispanoamérica prueba, dice Reyes, que somos una tierra propicia para la unión y la democracia: 1) América fue desde sus comienzos, para Europa, el Continente en que debería realizarse un mundo más libre y más feliz, mediante el rechazo y selección de los viejos elementos; 2) Hispanoamérica ha tenido siempre a la universalidad, es decir, a lo de fuera; 3) hay en Hispanoamérica comunidad de religión y lengua; y no se exagera en ella el pequeñísimo valor de las diferencias raciales; 4) hay en nuestra tierra un profundo sentido de solidaridad internacional, probado en casos de agresiones o invasiones y ratificado en instituciones como la Unión Panamericana; y finalmente; 5) la evolución cultural de Hispanoamérica ha sido bastante homogénea, como lo prueban la simultaneidad de los movimientos de emancipación en cada país, las mismas formas de gobierno adoptadas después de la emancipación, y las idénticas influencias ideológicas que ha acogido de afuera —el positivismo, por ejemplo.

La misma nota optimista respecto a las posibilidades de Hispanoamérica se repite en otros ensayos de la colección *Tentativas y orientaciones*: *Discurso por Virgilio* y *Ante la Asociación Cultural de Acción Social*; en *México en una nuez*, de la colección *Norte y sur*, y en *Para una bibliografía de los españoles en América*, en la colección *De viva voz*. Pero en estos ensayos las condiciones que Reyes considera absolutamente necesarias para la realización de esas posibilidades —unión continental y democracia— se amplían a un plano universal hasta confundirse con las categorías básicas de su concepto filosófico de la cultura: cosmopolitismo y tradición. De

ahí la fórmula cultural que propone: Para cumplir la alta misión cosmopolita de sede de un mundo más unido, más justo y más eficaz a que desde su nacimiento parece destinada, Hispanoamérica debe aprovechar la fusión de razas y de culturas que se está realizando en este momento en la tierra y salvaguardar los valores fundamentales de su propia tradición hispánica y latina, pues ellos constituyen el mejor instrumento para la realización de esa misión. Veamos cómo desarrolla esta fórmula el ensayista.

Respecto al cosmopolitismo como condición del futuro cultural de Hispanoamérica, donde mejor expresa Reyes su necesidad es en *Discurso por Virgilio*, a propósito de la expresión "hora de América".

La hora de América puede llegar, dice Reyes, pero no porque —como algunos parecen creer ingenuamente— se ha levantado un tabique en el océano, y mientras allá Europa se hunde, acá nosotros nos levantamos florecientes, gracias a un especial don del cielo; ni tampoco porque en la actual crisis de la riqueza nosotros parecemos salir mejor librados.

La hora de América llegará si sabemos aguararla con plena conciencia y humildad. Si comprendemos que las civilizaciones no se producen en el aislamiento, porque su ley es la intercomunicación y la continuidad. Si, de acuerdo con esta ley, sabemos aprovechar la fusión de razas y de culturas que en este momento se está realizando en la tierra. Si sabemos proceder con cautela, no comprometernos con nadie —ni con el Occidente ni con el Oriente; aprovecharlo todo, conciliarlo todo. Y concluye: "Vale la pena de ser cauteloso. Está en juego un alto interés humano y no una mezquina ambición. Lo que ha de salir no será ni oriental ni occidental, sino amplia y totalmente humano. De nosotros, de nuestros sucesores más bien, dependerá el que ello, por comodidad de expresión, pueda llamarse en la historia, *americano*" (T. O. p. 23).

La obvia semejanza de este punto de vista con el de *La raza*

cósmica de Vasconcelos —que Reyes, por lo demás, cita en este ensayo— hace inútil todo comentario. Vale la pena, sin embargo, considerar cuán lejos se sitúa Reyes con su oportunismo cosmopolita y humanitario de la posición de Mariano Moreno, durante la Independencia, y de Manuel Ugarte, durante la primera guerra mundial —posición del oportunismo político-económico del tipo "a río revuelto ganancia de pescadores": mantenernos neutrales mientras las grandes potencias se destrozan unas a otras; apoyar luego a la que ofrezca mejores alianzas políticas y mejores tratados comerciales.

En cuanto a la otra condición que Reyes considera indispensable para el futuro cultural de Hispanoamérica: la preservación de sus tradiciones, apenas hay que recordar lo mucho que se ha debatido esta cuestión entre nuestros ensayistas, cada vez que se ha tratado de definir el tipo de cultura por adoptarse en nuestras tierras.

Como es sabido, por regla general, los ensayistas de los siglos XVIII y XIX —siglos de gran resentimiento del hispanoamericano culto hacia la madre patria— son decididamente y hasta violentamente antitradicionalistas; y el tipo de cultura que auspician es extranjero. Para los ensayistas del siglo XVIII —Unanue, Espejo, Caldas, Salas, etc.— el modelo lo dan la Ilustración, el Enciclopedismo, o el liberalismo económico de Adam Smith; para los del XIX —Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Lastarria, Bilbao, Barreda, Sierra, etc.— el modelo es, a ratos, la ideología de la Revolución Francesa, la cultura anglosajona, o el positivismo de Comte o Spencer. La actitud conciliadora hacia España y sus tradiciones que representa Bello en ese siglo que tanto contribuyó a la Leyenda Negra, no volverá a reaparecer hasta el nuestro, si bien todavía persisten ecos de esa leyenda en más de un ensayista moderno.

La posición de Reyes frente a España y sus tradiciones es muy semejante a la que en nuestro siglo representan Blanco-Fombona o Vasconcelos: aprecio y exaltación de la obra civilizadora de España

sin disimular sus defectos y limitaciones; exhortación a la reconciliación y olvido de las viejas rencillas; insistencia en la necesidad de resguardar los valores fundamentales de la tradición como condición de avance en la cultura. Por eso, mucho de lo que Reyes ha escrito sobre España suena como una respuesta a las impugnaciones de los ensayistas del siglo pasado, bien representados por este pasaje del *Dogma socialista*: "El gran pensamiento de la revolución no se ha realizado. Somos independientes pero no libres. Los brazos de España nos oprimen; pero sus tradiciones nos abruman... La emancipación social americana sólo podrá conseguirse repudiando la herencia que nos dejó España y concretando toda la acción de nuestras facultades al fin de constituir la sociabilidad americana".

En cambio, he aquí lo que piensa Reyes en el ensayo *Ante la Asociación Cultural de Acción Social*: "...en la hostilidad y la discontinuidad nada se logra: hay que reconciliar a las Américas con su antigua Metrópoli. Hay que descubrir el ideal, el afán común en que España y las Nuevas Españas se den la mano" (*T.O.* p. 98). Y en otra parte: "La ciencia no nos deja mentir. La verdadera independencia no existe mientras quedan resabios de rencor o de pugna. La verdadera independencia es capaz de amistad, de reconocimiento, de comprensión y de olvido. España fue grande; tan grande, que conjuró contra ella todas las voluntades, y de aquí nació la Leyenda Negra. Otros imperios cometieron faltas iguales o peores, pero estaban —como menos grandes— menos a la vista del mundo. Dice un refrán griego: 'El desliz del pie de un gigante es carrera para un enano'... La verdadera censura que admite el régimen español está en que España nunca tuvo fuerzas para sujetar su poderío colonial; en que no supo explotar cuerdamente, con buena conciencia de mercader, a sus colonias, sino que se enloqueció fantásticamente con ellas, se entregó a ellas, se fue hacia ellas desangrándose visiblemente; y en vez de crear esas grandes factorías comerciales que engendraron los imperios del siglo XIX, produjo naciones, capaces de vida propia al grado que supieron arrancarse a

la tutela materna. ¡Culpa feliz por cierto!" (*Norte y Sur*, México, 1944, pp. 55-57.)

Pero hay más. La concepción de la tradición hispanoamericana que sostiene Reyes incluye también los valores humanos fundamentales de la cultura latina, transmitidos por España. Son estos valores, y no los de las culturas indígenas, dice el ensayista en *Discurso por Virgilio*, los que forman el verdadero núcleo de la nuestra. Y en este punto el filósofo social y el humanista que hay en Reyes hablan a un tiempo: el camino más seguro para esos valores son los clásicos. Que se enseñen, pues, los clásicos latinos y su lengua en nuestras escuelas —sin excluir las agrícolas e industriales—, que así podrá el hispanoamericano comprender mejor su cultura y amar mejor a su patria. Las vicisitudes del héroe de la *Eneida* recuerdan a tal punto la historia de México, dice Reyes, que no sería posible llamar buen mexicano al que fuera capaz de leer ese libro sin conmoverse; y el espíritu de las *Geórgicas* parece latir entre las más vivaces inquietudes agrarias de México. "Con razón —concluye Reyes— Virgilio parece siempre —y para los hombres de todas las tierras— una voz de la patria" (*T. O.* p. 12).

Pero a todo esto cabe preguntarse —y en el hecho es Reyes mismo quien primero se lo pregunta—: con esta defensa del latín y de la tradición latina ¿en qué pie queda el ideal cosmopolita de la cultura que aconseja para Hispanoamérica? Los valores humanos fundamentales de la cultura latina, responde Reyes, deben ser el cauce natural o el vehículo para la realización de ese ideal en nuestras tierras: "Toda solución de elementos necesita un vehículo. Nuestras aguas —hemos dicho— son latinas. De aquí partimos. Desde aquí esperamos. Aquí será el centro de todas nuestras exploraciones. Este es el punto de referencia. Aquí clavamos la bandera, para no perdernos en vagabundeos incoherentes. El espíritu latino ha dado ya sus pruebas al mundo y ha demostrado su resistencia como continente de culturas. Sirva una vez más, y sométase

ahora, en nuestra América, a la experiencia definitiva: tal es la fórmula, a la vez tan amplia y tan modesta, que desde el principio vengo buscando. Basta, para dar con ella, aceptar la realidad sencilla y severa. Figurarse que, para abrir cauce a nuevas inquietudes, hay que cegar un río y practicar otro por otro lado —trabajando así contra natura— sería olvidar la historia. La misma alma latina transportó a los hombres desde el paganismo al cristianismo, y es seguro que mañana los habrá transportado a otro sueño de felicidad más completo. No rompáis el instrumento precioso: os quedaríais desarmados, en medio de la transformación del mundo. En buena barca bogamos: ¡haya tormentas!" (T. O. p. 25).

Si hemos logrado dar una idea siquiera aproximada de la filosofía social de Reyes, su significación debe sernos evidente. Además de su valiosa contribución a la mayoría de los problemas de interés permanente para el pensamiento social de Hispanoamérica, esta filosofía trae un alto mensaje ético, válido para todos los pueblos y cada día más oportuno en los tiempos que vivimos: el ideal cosmopolita de un mundo unificado espiritualmente y por ello más justo y más feliz para todos. Finalmente, esta filosofía nos ayuda a interpretar el conjunto de la vasta y variada producción ensayística del propio escritor. Alfonso Reyes practica fielmente lo que piensa sobre la especialización excesiva; y de ahí la inmensa variedad de temas que caracteriza a su obra ensayística, que muchos quisieran más concentrada y unida. Sin embargo, si la miramos más de cerca y pensando en la concepción de la función social del intelectual que Reyes exalta, comprendemos que bajo su aparente dispersión esta obra tiene un gran sentido de unidad: la unidad que le da el propósito de servir la causa del cosmopolitismo aun por medios aparentemente tan remotos de las cuestiones sociales como la crítica literaria, la estética y la filología. Así, sin apartarse un momento del terreno de la investigación científica rigurosa o de la creación artística para hacer propaganda; sin confundir las cosas, como algunos modernos partidarios de la llamada "literatura social", Reyes

ha cumplido maravillosamente con su humanismo el alto propósito cosmopolita que persigue como filósofo y practica como maestro y diplomático: acercar a los hombres, alentarlos a su mutuo conocimiento y comprensión, hacerlos mejores vecinos.

Manuel OLGUÍN.

Universidad de California, Los Angeles.

Sexto Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, México, agosto-septiembre de 1953, páginas 243 a 254. Reproducido en la Revista Hispánica Moderna en N. York, XXI, enero 1955, N^o 1.